

Cuidar el vínculo conyugal y parental: la consulta de pareja y familiar

Ondina Greco

*Centro Studi e Ricerche della
Famiglia, Università Cattolica
S.Cuore, Milán*

Resumen

La autora presenta las relaciones familiares en la cultura actual en la cual están presentes el mito del individualismo absoluto y el mito opuesto, según el cual las relaciones familiares se consideran como oasis seguro de afectividad y de bienestar, frente a una sociedad totalmente dominada por la lógica del mercado y de la competición. Evidencia la relación conyugal como un trabajo individual, como una tarea conjunta y como construcción familiar y presenta las diferentes tareas del cuidado de los padres en la perspectiva familiar. Muestra el rol del psicólogo en la orientación conyugal y familiar ofreciendo un sugerente itinerario metodológico para el cuidado de los vínculos conyugales y parentales.

Palabras clave: mitos, relaciones familiares, orientación conyugal y parental, psicólogo, metodología de consulta.

Abstract

The author presents the family relations in the contemporary culture in which both the absolute individualism myth and the opposite one are present, according to which the family relationships are considered to be a sure oasis of affection and well-being, versus a society completely dominated by the market and competition logic. It proves the conjugal relation as an individual work, as a joint task and as family construction and presents the different tasks related to the parents' care in the family

perspective. It shows the psychologist's roll in the conjugal and family orientation offering a suggestive methodological itinerary for the care of conjugal and parental ties.

Key words: myths, family relations, conjugal and parental orientation, psychologist, consultation methodology.

1. Las relaciones familiares en la cultura contemporánea: dos mitos contrapuestos

Ningún encuentro con la pareja y con la familia hoy puede prescindir de la consideración del profundo cambio cultural que caracteriza en los últimos decenios la sociedad occidental, en la cual se enfatiza la subjetividad entendida como impulso a la autorrealización individual, por lo cual la referencia a sí mismo y a sus exigencias es su criterio supremo (Donati, 2006, p. 53).

La supremacía de los valores ligados al individualismo influye profundamente en la manera de representarse y de vivir las relaciones, primero la conyugal y la relación entre padres e hijos, acentuando las diferencias individuales, más que los aspectos de semejanza y de coparticipación. La pareja se transforma así en el mejor de los casos en un lugar de recorridos individuales paralelos, que se cruzan en momentos comunes y que difícilmente construyen objetivos y proyectos compartidos, mientras que simétricamente en la familia a los hijos, también a los pequeños, se les atribuye una autonomía de decisiones no adecuada a sus capacidades.

Sin embargo, al mito del individualismo absoluto de nuestra cultura se une, paradójicamente, el mito opuesto, según el cual las relaciones familiares se consideran como oasis seguro de afectividad y de bienestar, frente a una sociedad totalmente dominada por la lógica del mercado y de la competición (Donati, 1989). Es el mito de la "fusión", del entendimiento perfecto y sin nubes, de la compenetración total de emociones y de sentimientos, tan perfecta que se da por descontada, y por lo tanto no tiene que ser buscada, tejida y retejida con paciencia, con palabras y con gestos cada día. Así la relación de pareja y las relaciones con los hijos, impregnadas por otras expectativas a nivel afectivo-emocional y por exigencias idealizadas, acaban por estar expuestas a encontrarse con desengaños.

En nuestra sociedad de hecho no parecen existir categorías mentales para pensar en las relaciones, en particular en las familiares, en términos de "trabajo psicológico", de "compromiso" y de "fatiga". La idealización de las relaciones familiares no ayuda ciertamente a los cónyuges y los padres a enfrentarse con las inevitables dificulta-

des, porque en los momentos de crisis y de incomprensión las relaciones corren el riesgo de transformarse en un lugar debilitado por la “sospecha”, donde se atribuye sin cesar a sí mismo o al otro la “culpa” de lo que pasa¹.

2. La relación de pareja como trabajo individual, como tarea conjunta y como construcción familiar

Según una perspectiva individual, cada relación es el fruto de un trabajo, de una tensión constante entre dos necesidades antagonistas: necesidad de independencia y necesidad de dependencia (Karpel, 1976); necesidad de pertenencia y necesidad de guardar su especificidad diferenciada. Modalidades estrechas de relaciones, que mantienen en el fondo necesidades de diferenciación, no caracterizan solo los primeros años de vida sino que pueden permanecer también en la edad adulta, cuando y en la medida en que no se logran aclarar los límites entre uno mismo y los otros. En este caso, cualquier indicación de diversidad, de crecimiento o de transformación se percibe como una amenaza para la relación, se lee en términos de deslealtad y traición: “fusión” o “abandono de campo” corren el riesgo ser las únicas vías practicables (Scabini, Cigoli, 1989). Por esto la relación de pareja resulta hoy más frágil que la que nace en otros contextos históricos y culturales².

La relación de pareja fundada en el diálogo es caracterizada por la conciencia de las contradictorias necesidades personales, que lleva a entrever el límite entre uno mismo y el otro, y a asumir la responsabilidad por parte de cada uno de lo que piensa, siente y realiza.

Una relación madura es el resultado de una dialéctica sin fin entre la capacidad de reconocer al otro como sujeto (estructuralmente distinto de nosotros) y la tendencia inconsciente a transformar al otro en objeto de su propia fantasía y a tratarle como si lo fuese –operación arbitraria– tanto si el otro es fantaseado como negativo, como si es enriquecido con aspectos idealizados (Benjamin, 1995).

¹ Cfr. Bettelheim (1987, p. 407).

² El contraste entre el impulso a la autorrealización subjetiva y al deseo de intimidad y la consiguiente dificultad para encontrar un equilibrio entre cercanía y distancia en la relación, no encuentran hoy correctivos en otros aspectos de la relación conyugal, a causa del proceso de “privatización” del matrimonio, del cual hoy se toman en consideración únicamente los valores afectivos, o sea *el pacto secreto* entre los cónyuges, “hasta prueba en contra”, o sea hasta que sea presente para los dos la percepción de bienestar afectivo y sexual. Scabini, (1995), Scabini y Cigoli (2000).

A través de la escucha de sí y de sus necesidades en movimiento³, y al mismo tiempo a través del diálogo y la negociación con el otro, se puede llegar –nunca de manera definitiva– a un lugar de equilibrio “suficientemente bueno” para los miembros de la pareja.

De estas premisas nace una visión compleja, procesual, de la relación: la ruptura de la tensión entre fantasía y realidad es en cada relación un hecho frecuente; lo que vale, afirma Benjamin (ibíd.) es la capacidad de reparar o restablecer la relación interpersonal, entendida como diálogo entre dos sujetos que se reconocen iguales en dignidad, única vía para encontrar de verdad al otro y no sólo “la sombra de nosotros mismos sobre el otro”. En este proceso, que se prolonga durante toda la vida, son los aspectos éticos de la relación los que permiten el desplazamiento desde una postura “self interest” a un “pro-relationship”, o sea la capacidad de buscar motivaciones no solo para sus exigencias individuales, sino para lo que promueve el interés para la relación (Scabini y Cigoli, 2000).

Es necesario subrayar cómo el encuentro conyugal y la siguiente construcción de la familia nuclear se asientan sobre un contexto multi-generacional, que une dos estirpes diferentes: la relación entre los cónyuges nace como comparación entre dos historias familiares y no como “refugio romántico y aislado”. La relación es de hecho lo que une los sujetos, también sin saber, ya sea entre ellos ya sea al patrimonio de normas, valores, rituales y modelos de comportamientos que constituye el tejido simbólico de la identidad de la familia, por lo cual una de las tareas de la pareja es la de armonizar las distintas costumbres y tradiciones de origen –con todo lo que estas implican a nivel simbólico– para crear un *espacio propio*, esto es el de la familia nueva. Donde esta tarea es facilitada por las familias de origen, que saben renunciar a deseos imperiales sobre la nueva pareja, las dinámicas en la familia ampliada pueden ser consideradas como espacio de un intercambio continuo de dones, donde la asimetría aparente del momento presente (uno da y el otro recibe) no crea rencor porque el que da sabe que a largo plazo la partida será reequilibrada y el que recibe sabe que en el futuro podrá ser a su vez poderoso y generoso (Godbout, 1999).

³ Es importante subrayar que las exigencias individuales, de pareja y familiares se modifican en el tiempo, gracias también a “hechos críticos”, que exigen un reajuste individual, conyugal y familiar. Para profundizar el concepto de *ciclo de vida familiar* cfr. Scabini y Cigoli, 2000.

3. El cuidado de los padres en la perspectiva familiar

El tema de la atención de los padres ha sido objeto de muchas investigaciones, que desde el punto de vista de una perspectiva estrictamente diádica llegan gradualmente a una perspectiva triádica que comprende también el padre, hasta considerar la relación parental en perspectiva más propiamente familiar (Greco, Rosnati, 2006). Paralelamente, si desde el principio la atención estaba focalizada sobre la influencia unidireccional del adulto (la madre) sobre el hijo, después el paradigma del “niño pasivo” se ha modificado paulatinamente, sobre todo desde las observaciones del Infant research (Stern, 1985), que reconoce al niño como sujeto activo y capacitado de la relación. La estrecha conexión existente entre la relación parental y la relación de pareja ha recibido por fin mayor atención, y numerosas contribuciones empíricas (Grych, 2002) que evidencian una positiva asociación entre satisfacción conyugal y cercanía, cariño, *responsiveness* acerca de los hijos⁴.

Sintéticamente, se puede afirmar que la construcción de la función de los padres es el resultado de complejos procesos personales, de pareja y de la triada madre-padre-hijo. Tal tarea de desarrollo tiene una dirección intergeneracional, porque cada cónyuge puede legitimarse a sí mismo y a su pareja como padre en la medida en que es reconocido por la generación de los abuelos como adulto capaz de cuidado en relación a sus hijos.

La parentalidad es de hecho una función mental compleja, esencialmente constituida por la construcción de un “espacio mental para el hijo” (Carau, 1995; Darchis, 2009), en el cual se pueden encontrar (o reconocer) las exigencias y los recursos que el hijo lleva en sí. El riesgo en la familia actual es que el hijo no se reconoce como sujeto en sí mismo, sino que se considera inconcientemente como un objeto de satisfacción de necesidades del pro-genitor, más cercano, sobre todo cuando la relación conyugal está en crisis o, con mayor razón, cuando concluye con una separación o con el divorcio (Cigoli, 1998; Greco, 2006).

⁴ La conexión entre *cuidado parental*, experiencia del adulto en cuanto hijo y vínculos intergeneracionales ha sido examinada según distintas perspectivas: la reflexión psicoanalítica ha puesto en evidencia la estrecha relación entre funcionamiento parental y procesos de identificación con sus padres (S. Stoleru, 1989; S. Lebovici, 1990; Bouchart-Godard, 1992; M. Bydlowsky, 1994) con particular atención a los nudos no resueltos de las dinámicas afectivas con su propia familia de origen (S. Tisseron, 1994; R. Kaes, 2002). La perspectiva intergeneracional, desde Boszormeny-Nagy (1988), ha evidenciado cómo los vínculos de lealtad con las generaciones anteriores pueden poner obstáculos al vínculo de pareja y a la relación con sus propios hijos. El contacto relacional-simbólico, por fin, ha recogido y ensayado esta perspectiva, apoyándola con muchas evidencias empíricas (E. Scabini-V. Cigoli, 2000).

Si la parentalidad tiene raíces profundas, arraigadas en la historia personal y conyugal, en la relación con el hijo y con los padres de mediana edad, esta tiene una función compleja porque se expande a lo largo de mucho aspectos (Greco, 2001, Greco, Rosnati, 2006). Si “concebir” y “parir” se conciben a nivel biológico, “reconocer” a un hijo es un primer acto simbólico que inserta al hijo en el orden relacional y cultural (Scabini y Cigoli, 2002). La dimensión biológica –el hijo es el fruto de la combinación y del patrimonio genético transmitido por el padre y la madre y, a través de ellos, por las generaciones anteriores⁵– tiene profundas resonancias psicológicas, porque se evidencia desde el nacimiento a través de los aspectos de la semejanza, al que se atribuye pronto una significación de pertenencia del recién nacido a la doble estirpe familiar⁶. El vínculo entre semejanza y relaciones familiares permanece en el tiempo, y vuelve a proponer su valor crucial durante la adolescencia del hijo y en el nacimiento de la generación siguiente, reclamando la pertenencia a la más amplia genealogía familiar y desenmascarando el riesgo, siempre presente en los momentos de dificultad, de inscribir al hijo en una sola de las dos estirpes, en la tensión constitutiva entre dimensión exogámica y endogámica (Scabini, Cigoli, 2000).

La *dimensión de la cura*, tarea conjunta de la pareja genitorial, conjuga aspectos tanto de cercanía, como de cariño y esperanza, característicos de la función materna (el *matris-munus*), sea el aspecto de la ley, del sentido de justicia y equidad referente a la función paterna (el *patris-munus*) (ibid). Esas tareas resultan desarrolladas hoy, con modulaciones distintas, por los dos padres, y es útil subrayar cómo en nuestra cultura se enfatizan los aspectos afectivos y de cuidado, mientras la función ético-normativa se deja como un telón de fondo. Las modalidades y los objetivos de los cuidados se transforman a lo largo de los ciclos de vida de la familia, en relación con el movimiento del desarrollo del hijo. En este sentido el cuidado de los hijos ha sido definido “cuidado del diálogo” (Scabini, Cigoli, 1991), evidenciando la naturaleza procesual del cuidado en relación con el desarrollo del hijo.

La parentalidad incluye también una *dimensión histórico-paradigmática*, que remite a la historia familiar de cada uno de los cónyuges.

⁵ La resonancia psicológica de la componente genética se manifiesta también en toda su potencia, y también en toda su tragedia, en los casos de enfermedades o de malformaciones de base hereditaria: la posible atribución de culpa a una de las dos estirpes familiares, considerada como la única fuente del mal, tiene inmediatas repercusiones sobre el hijo, la pareja y las relaciones con las respectivas familias de origen.

⁶ Es conocido cómo, predominantemente, el recién nacido en un primer momento es declarado por la madre y familiares “semejante al padre” estrategia de atribución utilizada instintivamente por la familia para llamar el padre al vínculo de pertenencia del hijo. A este propósito cfr. Athanassiou. C. (1992); O. Greco (1997).

ges y al patrimonio de valores, mitos y tradiciones relacionados con ella, que después viene renegociado en el encuentro de pareja, constituyendo la base para la orientación en valores del hijo, que, adulto, elegirá si y en qué medida asume tal herencia de valores. A esta dimensión pertenece también la tarea de acoger al recién nacido en el cuerpo familiar, ampliando enormemente los recursos relacionales y las oportunidades de diálogo a disposición del hijo.

Por fin, constitutiva de la parentalidad es *la dimensión social*, que hace referencia al “paradigma familiar” (Reiss, Oliveri, 1980), o sea a la representación del mundo extrafamiliar –que puede ser percibido como rico en recursos, o al revés indiferente u hostil– y remite a la tarea de mediación con lo social que los padres tienen la obligación de desarrollar. Esta tarea seguramente es obstaculizada por una postura de cierre y de desconfianza frente a la realidad social y comunitaria por parte de los adultos, en este caso incapaces de apoyar al hijo que, para crecer, tiene que enfrentarse con el mundo exterior.

Por el contrario, la confianza de los padres hacia el joven que podía ser sujeto activo y creativo tanto en la dimensión social y laboral como afectiva y familiar; asumiendo de adulto, también los aspectos del don y de la procreación, impulsa de hecho los rasgos adultos y generativos del joven. Estas reflexiones sobre el influjo de la generación de mediana edad sobre la generación de los jóvenes adultos, y en particular sobre parejas jóvenes, iluminan la dimensión de responsabilidad social –la forma más madura de generatividad– que los adultos tienen hacia los jóvenes (Snarey, 1993).

4. El rol del psicólogo en el asesoramiento de parejas y familias

4.1. Trabajar con las familias y representarse la familia

En el ámbito del asesoramiento psicológico en el que se entra en contacto con las parejas o con las familias, o donde la realidad familiar está presente, el operador se enfrenta inevitablemente con su propia representación de “familia”, que frecuentemente coincide con la imagen ideal de lo que la familia debe ser.

De hecho la “familia interna” (la representación de familia de la que todos somos portadores, solo en parte conscientemente) interactúa en la relación profesional con las parejas y con las familias, en el sentido de que cada profesional tiende inconscientemente a leer la situación encontrada según las categorías afectivas, culturales y de valores de su representación interior. Esta de hecho constituye el fondo siempre presente de los significados y de las vivencias asocia-

dos a las imágenes de padre, madre, hijos, hermanos... y por lo tanto influye a más niveles en el encuentro con las parejas y con las familias “reales” y la búsqueda de las modalidades operativas con las que trabajar con ellas.

Lo mismo pasa en la propia “familia de trabajo”, en las dinámicas internas en el grupo de trabajo –compañeros, superiores, súbditos– dinámicas que pueden ser leídas según las categorías de lo “familiar”. La familia es de hecho la metáfora organizativa y afectiva de las relaciones interpersonales entre personas que comparten una actividad de trabajo, área en el límite entre representación individual y contexto organizativo concreto.

Mantener abierta una reflexión explícita alrededor de la propia “familia interna” es por lo tanto una condición esencial de la tarea del operador, porque las características de esta representación interfieren profundamente en su capacidad de encontrar las parejas y las familias, de cualquier manera que sean entendidas.

5. La consulta conyugal y familiar: un itinerario metodológico

Cuando acogemos una pareja o una familia nos encontramos, como hemos visto, con una realidad compleja que se sostiene a lo largo de dos ejes –el vertical de la historia intergeneracional y el horizontal de las relaciones actuales (intrafamiliares, con la misma familia, con el ambiente social y comunitario)– y se fundamenta sobre una dimensión simbólica, en la que se inspiran expectativas recíprocas y comportamientos de los familiares. Este es el paisaje complejo y multigeneracional que sirve de telón de fondo a lo que sucede en el aquí y ahora del encuentro clínico, paisaje al que se puede gradualmente remontar, respetando los tiempos y las dificultades de cada uno, en el recorrido desde la observación de la interacción en el *hic et nunc* a la construcción de interferencias en torno a las dimensiones relacionales y simbólicas de la pareja y de la familia. Frecuentemente se trata de acompañar a la pareja o la familia en la fase de transición con la que se enfrentan; alguna vez, no obstante, las dificultades ligadas al paso de etapas acentúan modalidades disfuncionales preexistentes, que resaltan con más fuerza en el momento de crisis.

La entrevista con la pareja o con la familia surge de hecho siempre por una dificultad, vivida por uno o por los dos cónyuges. Lugar del apuro percibido puede ser el adulto (el mismo o la pareja) o uno de los hijos. Sea cual sea el conflicto percibido, es importante en la consulta con la pareja o con la familia devolver palabra y dignidad a cada familiar, tomando el papel de cada uno, ayudando a todos a expresar sus puntos de vista, su horizonte, sus expectativas, la propia

experiencia y su sufrimiento, y ofreciendo a los más pequeños la posibilidad de expresarse a través del juego libre o el dibujo.

La consulta con la pareja y con la familia puede ser de hecho un espacio (garantizado por el tercero que el psicólogo representa) donde vuelve a ser posible tomar la palabra, escuchar al otro y percibir el sufrimiento que subyace a comportamientos rígidos y a veces automáticos. Se trata de reintroducir la escucha, la palabra y el pensamiento, donde hay solo automatismos y necesidades, que por definición excluyen la responsabilidad.

Desde el punto de vista metodológico, se trata sobre todo de *ofrecer a cada uno de los presentes una escucha empática*, reconociéndole como sujeto portador de una historia propia, de exigencias propias y de propios deseos, de una experiencia que puede ser comunicada y comprendida. El reconocimiento de la dignidad de cada uno contribuye a la construcción y a la reconstrucción por parte de los interesados de la conciencia de ser protagonistas, capaces de pensamiento sobre el presente, sobre el pasado y sobre el futuro.

En segundo lugar, se pide a cada cónyuge y a cada familiar *hablar de sí mismo y no del otro o por el otro*: la explicitación de la postura de cada uno ayuda a clarificar a quien pertenecen sentimientos, necesidades y miedos, y ayuda al proceso de recuperación, interrumpiendo las modalidades de transferencia inconsciente de aspectos de sí sobre el otro.

A través de esta “especie de reconstrucción del mapa” de la relación de pareja o de las relaciones familiares, la pareja o la familia pueden experimentar que existe un espacio para la experiencia de todos y que esta experiencia puede ser diferente para cada sujeto: desde este reconocimiento puede empezar o reforzarse un proceso de comprensión, diálogo y negociación entre los cónyuges o entre los familiares sobre aspectos de diversidad.

De manera complementaria –a través de la “ruptura” de los modelos (patrón) proyectivos habituales, que a menudo nacen desde una representación confusa de los límites entre sí y el otro– es muy importante llegar poco a poco a demostrar lo que hay en común bajo el aparente contraste. Uno de los aspectos centrales del trabajo de consulta consiste de hecho en la individuación y en la explicitación de temas fundamentales compartidos por los cónyuges o por los familiares, que a menudo resultan inconscientemente más cercanos, también cuando aparentemente se perciben como alejados o en un conflicto muy agudo. Con mucha frecuencia, de hecho, la “figura” que se perfila claramente en los primeros encuentros es el contraste, vivido dolorosamente y a vez temido como incurable, entre marido y mujer, o padres e hijos, adolescentes y jóvenes adultos, y alguna vez también en edad escolar y preescolar. Relegados en el fondo, y por tanto poco visibles a los ojos de los familiares, están los aspectos de

semejanza o de complementariedad, por lo cual la postura o el comportamiento del “portador de síntomas” son inconscientemente fomentados o impulsados por la postura o el comportamiento de otros. Es por tanto un movimiento familiar –con la eliminación del portador del síntoma del registro de los “culpables” o de los “enfermos”– el primer objetivo de la consulta de pareja y familiar, que abre a la modificación del sistema relacional hacia modalidades más adecuadas y puede, en algunos casos, proseguir con el ahondamiento en temáticas específicas de la pareja, de un cónyuge o de un hijo.

El descubrirse portadores de necesidades similares o complementarias (Sandler & Sandler, 2002) puede ayudar a los cónyuges y los familiares a reconocer los aspectos profundos de la relación, por debajo de los esquemas deteriorados de la convivencia, y a desarrollar hacia sí mismos y hacia el otro ante todo una nueva percepción y, en los casos más afortunados, aquella “compasión” que está tejida de “benevolencia”, respeto de sí mismo y, por contagio, respeto de los otros.

El reconocimiento de “lo que aún a” puede hacer ver de manera menos hostil las diferencias, que pueden ser redescubiertas como recursos, en cuanto amplifican la posibilidad de respuesta al problema común.

En la escucha atenta y participada y a través de la petición de aclaración, el operador busca reconstruir el “mundo representacional” (Sandler, 1962) que está en la base de la historia relatada y de la historia narrable de la familia: o sea, busca tomar cuáles son las imágenes complementarias que cada familiar tiene de sí mismo y de los otros significativos, y la imagen de la relación de la familia con el exterior (el “paradigma familiar”, Reiss, 1980); en definitiva las categorías con las que la familia piensa el presente, el pasado y el futuro. Explicitando el “mundo representacional”, se pueden de hecho comprender mejor las cualidades de las relaciones verticales y horizontales y el mundo simbólico a que la familia hace referencia, construyendo algunas hipótesis de trabajo. Junto a la atención al contenido de la narración, no obstante, el profesional tiene que ser guiado por los sentimientos y las emociones que se mueven en relación a las distintas áreas, revelando cuáles son los temas que se presentan insistentemente hasta casi cubrir otros, percibidos como peligrosos; donde se verifican contradicciones, imprevistos alejamientos del discurso, silencios prolongados: señales para el operador de que la familia está cerca de un tema percibido como amenazante.

La competencia del profesional se juega en fin en la elección de “cuándo” y de “qué” desvelar a la pareja o a la familia con respecto a las hipótesis interpretativas que él está construyendo: es necesario de hecho conducir a la familia paulatinamente a elegir en torno a qué temas (hechos del pasado, problemas del presente, temores sobre el futuro, relación con el exterior) se canalizan temores y defensas.

La escucha participe y respetuosa (no juzgando nunca) por el profesional puede encender una chispa de confianza también en situaciones endurecidas en el sufrimiento o en el conflicto, porque considerar las personas como portadoras de dignidad, de sufrimiento y de un pensamiento posible (la creatividad de la que hablan Napier y Whitaker, 1981) puede contagiar a los cónyuges, los padres y los hijos, para considerarse capaces de novedad y de proyectualidad. La “preciosa locura” de Don Quijote, que cambia una prostituta por una gran dama, abre para aquella mujer un escenario imprevisto...

6. Conclusiones

La perspectiva central en referencia al rol del psicólogo en el asesoramiento conyugal y familiar es considerar a los usuarios *sujeto* y no *objeto* de intervención. Es muy importante de hecho que el camino se construya *con* ellos y no *para* ellos.

Este cambio total de perspectiva no constituye un recurso técnico, es más bien una auténtica modificación de modelo y de actitud por parte de los operadores. Se debe a Karpel (1986) la invitación a dar el paso de un “deficit model” a un “resource model”, donde la atención del profesional se centra en los recursos, más que sobre las deficiencias de la pareja o de la familia.

Es necesario, no obstante, subrayar con el mismo autor, que los recursos (de las personas, de las parejas o de las familias) no existen en el vacío, más bien son “evocados en las relaciones”. No se trata por lo tanto solo de trazar el mapa mecánico de los bienes concretos y relacionales que las personas “no ven” en los momentos de dificultad, sino más bien de una mirada disponible y capaz de comprensión que les transmita la confianza de que la situación actual no es sin salida, y que ellos mismos serán capaces de encontrar la más practicable para ellos, según su historia y sus valores. Por último, en la relación con las personas somos responsables sobre todo de esta mirada positiva y evocativa de lo positivo.

Semejante itinerario al descubrimiento de sí mismo es de hecho posible solo si cada miembro de la pareja o de la familia siente que es acogido por el profesional en la parte más débil: dolor, orgullo herido, miedo, vergüenza o remordimiento...

La identidad del profesional se funda pues ante todo en la capacidad de madurar dentro de sí aquella actitud de “benevolencia” y de grandeza humana icástica descrita por Terencio ya en el II siglo a.C: *homo sum et nihil humani a me alienum puto*: “soy hombre y no considero extraño a mi nada de lo que es humano”.

7. Bibliografia

- ATHANASSIOU, AC. (1992). *La crise d'identité précoce*, «Dialogue», 118 (1992), 4, pp. 14-26.
- BENJAMIN, J. (1996). *Soggetti d'amore*, Cortina, Milano.
- BERTONI, A. y IAFRATE, R. (2002). "Il conflitto coniugale tra aspetti cognitivi ed interattivo-relazionali", in *Cognizioni sociali e relazioni familiari*, (a cura di) M. Lanz e E. Marta, Angeli, Milano, 125-160.
- BETTELHEIM, B. (1987). *Un genitore quasi perfetto*, Feltrinelli, Milano.
- BINDA, W.; COLOMBO, C. y GRECO, O. (1986). "La nascita di un figlio nella trama della famiglia estesa", in *Attraverso lo specchio*.
- BOSZORMENY, I. y NAGY, SPARK G. M. (1988). *Lealtà invisibili: la reciprocità nella terapia familiare intergenerazionale*, Astrolabio, Roma.
- BOSZORMENYI, I. y NAGY, K. (1986). Krasner *Between give and take*, Brunner & Mazel, New York.
- BOUCHART-GODARD (1992). *Comment reprendre à son compte la naissance*, «Dialogue», vol.118, 27-32.
- BOWLBY, J. (1969). *Attaccamento e perdita*, Boringhieri, Torino.
- BRAZELTON, T. B. (1987). *Nascita di una famiglia*, Unicopli, Milano.
- BYDLOWSKY, M. (1994). *Desiderio di un bambino, desiderio di gravidanza. Evoluzione della pratiche di procreazione*, in S. Lebecovi, F. Weil-Halpern (Eds.), *Psicopatologia della prima infanzia*, Bollati Boringhieri, Torino, pp. 33-42.
- CARAU, B. (1995). *Coniugalità, genitorialità e processo della scena primaria*, «Interazioni familiari», vol.1.
- CARLI, L. a cura di (1999). *Dalla diade alla famiglia: i legami di attaccamento nella rete familiare*, Cortina, Milano.
- CIGOLI, V. (1988). "Giovani adulti e loro genitori: un eccesso di vicinanza?" in Scabini, E., Donati, P., *La famiglia lunga del giovane adulto*, Studi Interdisciplinari sulla famiglia n. 7, Vita e Pensiero, Milano.
- CIGOLI, V. (1992). *Il corpo familiare: l'anziano, la malattia, l'intreccio generazionale*, F. Angeli, Milano.
- CIGOLI, V. (1998). *Psicologia della separazione e del divorzio*, Il Mulino, Bologna.
- COSTANTINE, L. L. (1986). *Family paradigm*, Guilford Press, New York.
- DARCHIS, E. "L'instaurazione della genitorialità e le sue vicissitudini", in *Percorsi della filiazione*, C. Zurlo, 2009, F. Angeli, Milano.
- DE CERVANTES, M. (2005). *Don Chisciotte della Mancia*, Rusconi, Milano.
- DE SAINT-EXUPÉRY, A. (2005). *Il piccolo principe*, Bompiani, Milano.
- DONATI, P. "Relazione familiare: la prospettiva sociologica" in SCABINI, E. y ROSSI, G. (2006). *Le parole della famiglia* (a cura di), Studi Interdisciplinari sulla famiglia n. 21, Vita e Pensiero, Milano.
- DONATI, P. (1989). *La famiglia come relazione sociale*, Franco Angeli, Milano.

- ERIKSON, E. (1982). *I cicli della vita. Continuità e mutamenti*, Armando, Roma.
- FIVAZ-DEPEURSINGE, E. y CORBOZ-WARNERY, A. (1999). *Il triangolo primario. Le prime interazioni triadiche tra padre, madre e bambino*, Raffaello Cortina, Milano.
- GIANNAKOULAS, A. (1996). *Corteggiamento, innamoramento, amore e genitorialità*, in A. M. N. Corigliano (a cura di), *Curare la relazione. Saggi sulla psicoanalisi e la coppia*, Franco Angeli, Milano.
- GILLI, G. y ROSNATI, R. (1995). "Evento critico e sviluppo familiare" in E. Scabini, P. Donati (a cura di) *Nuovo lessico familiare*, Studi interdisciplinari sulla famiglia, n.14, Vita e Pensiero, Milano, 137-149.
- GODBOUT, J. (1999). *L'esperienza del dono*, Liguori, Napoli.
- GOODNOW, J. J. (2000). *Parents' knowledge and expectations*, in M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting*, vol. 3, Lawrence Erlbaum Associates, Mahwah NJ 1995, pp. 305-332 e M. LANZ, E. MARTA, *Cognizioni sociali e relazioni familiari*, Franco Angeli, Milano.
- GRECO, O. (1997). *Un figlio atteso a corte*, in BINDA, W., a cura di, *Diventare famiglia: la nascita del primo figlio*, F. Angeli, Milano.
- GRECO, O. (2001). R. Iafrate, *Figli al confine*, F. Angeli, Milano.
- GRECO, O. (2006). *Il lavoro clinico con le famiglie complesse. Il test La doppia luna nella ricerca e nella terapia*, Franco Angeli, Milano.
- GRECO, O. (1995). *Risorse familiari*, in E. SCABINI y P. DONATI (a cura di) *Nuovo lessico familiare*, Vita e Pensiero, Milano.
- GRECO, O. y ROSNATI, R. (2006). "Cura della relazione genitoriale", in E. Scabini, G. Rossi (a cura di) *Le parole della famiglia*, Studi Interdisciplinari sulla Famiglia n. 21, Vita e Pensiero, Milano, 117-127.
- GREENACRE, P. (1953). "Penis Awe and Its Relation with Penis Envy" in *Emotional Growth*, vol. 1°, I.U.P., NewYork, 31-49.
- GRYCH, J. (2002). *Marital relationships and parenting*, in M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting*, 4, Erlbaum: London, 203-225.
- KAES, R. (2002). *Filiazione e affiliazione. Alcuni aspetti della rielaborazione del romanzo familiare nelle famiglie adottive, nei gruppi e nelle istituzioni*, in M. C. Zurlo (a cura di), *La filiazione problematica*, Liguori, Napoli.
- KARPEL, M. (1986). *Family Resources: the Hidden Partner in Family Therapy*, Guilford Press, New York.
- KARPEL, M. (1983 (ed.or.1976)). *Dalla fusione al dialogo*" in V. CIGOLI (a cura di) *Terapia familiare. L'orientamento psicoanalitico*. F. Angeli, Milano, 1983 (ed.or.1976).
- LAVEE, Y. y OLSON D. (1991). "Family types and response to stress", *Journal of Marriage and the Family*, 53, 786-798.
- LEBOVICI, S. (1990). *Lien et separation*, "Dialogue", vol. 108, 2, 4-12.
- MORO, M. R. (2001). *Bambini immigrati in cerca di aiuto*, Utet, Torino.
- NAPIER, A. y WHITAKER, C. A. (1981). *Il crogiolo della famiglia*, Astrolabio Ubaldini, Roma.

- NORSA, D. y ZAVATTINI, G. C. (1997). *Intimità e collusione: teoria e tecnica della psicoterapia psicoanalitica*, Cortina, Milano.
- PONTALTI, C. "Pensare in termini di coppia", *Famiglia Oggi*, 45, 8-13.
- REISS, D. y OLIVERI, M. E. (1980). *Family paradigm and family coping: proposal for linking the family's intrinsic capacities to its responses to stress*, "Family Relations", vol. 29, pp. 431-444.
- SANDLER, J. (1980). *La ricerca in psicoanalisi* (1962) Bollati Boringhieri, Torino.
- SANDLER, J. y SANDLER, A. M. (2002). *Gli oggetti interni. Una rivisitazione*, Franco Angeli.
- SCABINI, E. y GRECO, O. (1999). "La transizione alla genitorialità: intrecci intergenerazionali in giovani coppie con figli e senza figli" in ANDOLFI, M. (a cura di). *La crisi della coppia. Una prospettiva sistemico relazionale*, Cortina, Milano.
- SCABINI, E. y CIGOLI, V. (1989). "Le problematiche della coppia e del matrimonio", in DONATI, P. *Primo rapporto sulla famiglia italiana*, Ed. Paoline, Roma.
- SCABINI, E. y CIGOLI, V. (2006). "Relazione familiare: la prospettiva psicologica" in E. SCABINI y G. ROSSI (a cura di). *Le parole della famiglia*, Studi Interdisciplinari sulla famiglia n. 21, Vita e Pensiero, Milano.
- SCABINI, E. y CIGOLI, V. (1991). "L'identità organizzativa della famiglia", in E. Scabini y P. Donati (a cura di) *Identità adulte e relazioni familiari*, Studi interdisciplinari sulla famiglia, n.1, Vita e Pensiero, Milano.
- SCABINI, E. y CIGOLI, V. (2000). *Il familiare. Legami, simboli e transizioni*, Raffaello Cortina Editore, Milano.
- SCABINI, E. y IAFRATE, R. (2003). *Psicologia dei legami familiari*, Il Mulino, Bologna.
- SCABINI, E. (1995). *Psicologia sociale della famiglia: sviluppo dei legami e trasformazioni sociali*, Bollati Boringhieri, Torino.
- SCABINI, E. y ROSSI, G. (a cura di) (2000). *Dono e perdono nelle relazioni familiari*, Vita e Pensiero, Milano.
- SNAREY, J. (1993). *How fathers care for the next generation*, Cambridge MA, Harvard University Press.
- STERN, D. N. (1985). *Il mondo interpersonale del bambino*, Bollati Boringhieri, Torino.
- STIERLIN, H. (1974). *Separating parents and adolescents*, Quadrangle, New York.
- STOLERU, S. (1989). *Problemi legati al diventare genitori*, in S. Lebovici, F. Weil-Halpern, *Psicopatologia della prima infanzia*, Bollati Boringhieri, Torino, 87-103.
- TISSERON, S. (1994). *A quoi nous servent nos enfants?*, «Dialogue», vol. 125, 3-13.